

LEJÁRRAGA, María de la O y MARTÍNEZ SIERRA, Gregorio (2022), «Dolorosa Victoria», *Cartas a las mujeres de España*, ed. de Juan Aguilera Santos e Isabel Lizárraga Vizcarra, Sevilla, Renacimiento, pp. 43-46.

I

DOLOROSA VICTORIA¹

SEÑORAS y paisanas mías: ¿Saben ustedes que antes de estallar en Europa la inaudita catástrofe de la guerra actual, que no deja lugar a los que piensan más que para pensar en el horror de la matanza y destrucción diarias, eran ustedes, las mujeres, uno de los problemas más apasionantes del mundo moderno?

Sin duda, España es un rincón de tierra un tanto apartado de las corrientes universales de la vida, y fuera de las modas y del tango, para los cuales no hay fronteras que valgan, las ideas, costumbres y preocupaciones del mundo moderno, en general, nos llegan con bastante retraso y nos traen bastante sin cuidado. Seguimos barriendo las calles con escoba y sacudiendo en casa el polvo con los zorros, como si no se hubiese descubierto sistema mejor de limpieza; pero, a pesar de nuestro formidable espíritu «conservador», por no llamarle con peor nombre, estoy seguro de que han oído ustedes algún día hablar de feminismo..., aunque sea para burlarse de él. Habrán ustedes oído decir a sus maridos que hay por ese «extranjero» de

1. *Blanco y Negro*, 3-1-1915, pp. 18 y 20.

Dios o del diablo mujeres que quieren votar y hasta vender el voto como un hombre cualquiera; otras, que intentan ser alcaldes y aun comerse los fondos del Municipio, como un hombre también; otras, que hablan en mítines, para pedir derechos, igualdad, libertad... Sí, señoras: antes de la guerra, los derechos de ustedes eran problema mundial, y unas cuantas mujeres exaltadas se han querido dejar morir, sencillamente de hambre, para encontrarle la solución. Otro día, cuando acabe la guerra, hablaremos del heroísmo extraño de esas bravas hembras que, por defender la justicia de su causa, lo arrostran todo..., hasta el ridículo. Hoy, si ustedes quieren escucharme un poco, hablaremos de la solución accidental e inesperada que la guerra va a dar al problema, inevitablemente.

¿Sirven las mujeres para tan importantes cosas como los hombres? Señoras mías, el movimiento se demuestra andando. Las mujeres de Francia y de Alemania, donde el servicio obligatorio se ha llevado al campo de batalla a la mayoría de los hombres válidos, se han encargado de desempeñar los empleos que sus maridos desempeñaban, por dar pan a sus hijos, y mujeres guían los coches, y mujeres cobran en los tranvías, y mujeres reparten el correo, y mujeres están al frente de tiendas y almacenes, y las mujeres, con los hombres viejos, han recogido las cosechas y han hecho la vendimia, y las mujeres labrarán los campos y van a echar al surco la semilla para la mies futura. Mientras la locura de sistemas sociales y de gobiernos regidos por hombres, locura en la cual ellas no han tenido intervención ninguna, ha precipitado a millones de hombres a la muerte, millones de mujeres, sin protesta ni vacilación, han echado valientemente sobre sus hombros la carga material de la vida: los hombres están muriendo por la Patria; ellas están salvando la vida de la Patria.

Esto ha hecho la mujer moderna, en vez de limitarse a rezar y a llorar, como parecía pedirlo su condición de «eterna irresponsable». Cuando vuelvan los hombres del campo de batalla y se encuentren con que aún hay pan y hogares, a pesar de la sangre derramada, ¿cómo van a negar a las mujeres, que han sido sus iguales en heroísmo, la igualdad ante el derecho que pidan?

Y aún hay más. Cuando vuelvan los hombres... ¿Y cuántos volverán? ¿Y cómo volverán? ¿Sabían ustedes que hay en Europa unos nueve millones más de mujeres que de hombres? La guerra quitará la vida a tres o cuatro millones más. Y la salud, ¿a cuántos? Esto quiere decir que se prepara para las mujeres de Europa la era de todos los heroicos renunciamentos, de todos los austeros deberes. «¿Para qué quieren las mujeres el voto?», dicen los antifeministas. «¡La mujer, a cuidar del marido y de los hijos...!». Piensen ustedes que habrá en Europa once o doce millones de mujeres sin posibilidad de encontrar marido, y tres o cuatro millones más con el marido inválido o enfermo. Once o doce millones de mujeres no podrán alcanzar la gloria y el consuelo de concebir un hijo; pero, en cambio, tendrán que mantener como a hijo al hermano inútil, al padre enfermo. Y a los pequeñuelos que han quedado sin padre, ¿quién los mantendrá? La juventud masculina habrá caído en los campos de batalla; la fuerza varonil habrá quedado enterrada en las trincheras; las mujeres de Francia, de Alemania, de Bélgica, de Austria, de Rusia, de Serbia, de Turquía; muchas de Inglaterra; las de Italia, tal vez, se encontrarán solas frente a niños que pidan pan, a viejos que no puedan ganarlo. ¿Qué harán? Pasaron los tiempos del llanto estéril. Se levantarán «como un solo hombre»; cumplirán su deber de mujeres y el deber de los hombres, por añadidura. Comerán pan amargo, ganado con el sudor de su cuerpo y la agonía de

su alma... Y mientras estén dando el alma y la sangre para ganarle, sin duda cantarán, sorbiéndose las lágrimas, una canción de cuna, para que no lloren el niño o el viejo que estén a su lado.

Sí, de las mujeres es el porvenir. Ellas le engendrarán y le darán a luz con dolor, como siempre. De sus entrañas saldrá la Europa nueva, amasada en su sangre. Y el fruto de su vida, ¿cómo les va a negar el derecho tan suyo? ¡Oh, feministas! Habréis ganado la batalla por la exaltación del deber silenciosamente heroico, suprema prerrogativa femenina. ¡Cara, como siempre, os habrá costado la igualdad conseguida!

Mujeres de España, señoras mías: ¿por qué les digo a ustedes todo esto? Porque, en mi humilde y respetuosa opinión, están ustedes un poco dormidas. Bien puede llegar la hora de prueba a España también. Y en conflictos menos aparatosos, ¡pero tantos!, ya ha llegado. Ustedes, sin duda, querrán también cumplir su deber heroicamente. Pero, para llegar a la eficacia dentro del heroísmo, no basta con la voluntad: es preciso tener los medios para ser heroicas. Hay que prepararse; hay que aprender un poco más; hay que pensar un poco más; hay que salir del círculo encantado en que les encierran a ustedes unas cuantas mentiras bonitas de los hombres; hay que preocuparse un poco menos de la moda y un poquito más de la vida; hay que entusiasmarse menos por el flirteo y más por el derecho. ¿Que los hombres les damos a ustedes en España lamentables ejemplos de frivolidad, de cobardía, de ignorancia, de falta de abnegación y patriotismo? Es verdad; pero no los tomen ustedes, y sálvennos, a pesar nuestro, si pueden ustedes, ¡que sí pueden!; porque desde que la primera mujer echó el segundo hombre al mundo, el porvenir de la Humanidad está en manos de ustedes.